

Machado de Assis y Borges: nacionalismo y color local

Leyla Perrone-Moisés

Las afinidades entre Machado de Assis y Jorge Luis Borges fueron ocasionalmente subrayadas por los críticos que intentan una visión conjunta de las literaturas latinoamericanas. Quien primero estableció tal paralelo fue Emir Rodríguez Monegal, el cual, ya en 1972, definía las *Memorias póstumas de Bras Cubas* (1881) como una novela revolucionaria, precursora de la «nueva novela» latinoamericana del siglo XX y, en especial, una anticipación de «las más audaces interpretaciones de Borges sobre la relación entre el autor, la obra y el lector» (*El Boom*, 53/54). Este juicio se encuentra reiterado en otros lugares de la obra de Rodríguez Monegal, y recientemente fue retomado y desarrollado por Earl E. Fitz («Machado de Assis, Borges y Clarice», 129/143).

La afinidad entre ambos escritores, que pretendo tratar en este artículo, no contempla en especial la obra ficcional de ellos, sino determinados textos teóricos y críticos que escribieron en torno al asunto del nacionalismo literario. Evidentemente, las coincidencias teóricas fundamentan ciertas similitudes en la práctica ficcional de los dos autores, pero aquí me ocuparé sobre todo de las primeras. Los ensayos en que Machado de Assis y Borges expresan unos puntos de vista concordantes sobre la cuestión del nacionalismo son, respectivamente, «Instinto de nacionalidad» (1873) y «El escritor argentino y la tradición» (1956). Aunque separados por ocho décadas y condicionados por circunstancias nacionales y literarias naturalmente diversas, los dos escritores reaccionan de la misma manera, con argumentaciones semejantes, a las seducciones del nacionalismo literario que agitaban a sus países en sendos momentos, y postulan la misma concepción de la literatura en lo que a este asunto se refiere.

Antes de comparar las posiciones y los argumentos de los dos escritores, es necesario recordar, rápidamente, los contextos de sus ensayos. En 1873, Machado de Assis había alcanzado cierta notoriedad como poeta y narrador, pero no era todavía el escritor popular que sería a partir de las *Memorias póstumas de Bras Cubas*, novela con la cual se inicia la segunda y mayor etapa de su obra. El ensayo mencionado fue escrito en el momento en que la literatura brasileña afirmábase como autónoma y trata-

ba de consolidar una tradición propia con el fin de asumir su lugar en el conjunto de las literaturas occidentales. El paso hacia tal autonomía había sido dado por el romanticismo y, dentro de él, por medio de la novela y la poesía llamadas indianistas, en las obras de José de Alencar (*El guaraní* e *Iracema*) y Gonçalves Dias (*Los timbiras*, *I-Juca Pirama* y *Tabira*) en las décadas de 1850 y 1860.

El nacionalismo romántico, como en casi todos los países latinoamericanos, coincidió con la independencia nacional, alcanzada en Brasil en 1822, y halló su expresión en la exaltación de la naturaleza local y de sus primitivos habitantes. Al triunfo de la temática indianista, sostenido por la crítica y el gran público, algunos escritores europeizantes opusieron, a finales del siglo, una reacción negativa. En relación con ella, los más jóvenes manifestaban su deseo de «vestirse con los colores del país» y así Machado de Assis inicia su ensayo diciendo: «Quien examina la actual literatura brasileña, le reconoce, de entrada, como rasgo principal, cierto instinto de nacionalidad». El ensayo mostrará que el escritor no compartía ni la actitud nacionalista estrecha ni el total repudio a sus manifestaciones. Veía, en tal actitud, ciertas cualidades que no debían ser despreciadas pero, en especial, determinados defectos que era necesario combatir. El hecho de que el ensayo fuera escrito para una revista de Nueva York (*El Nuevo Mundo*), circunstancia destacada por el propio escritor en su texto, también debe tenerse en cuenta, porque tal circunstancia ampliaba el horizonte de su reflexión más allá de las fronteras nacionales.

El famoso ensayo de Borges fue escrito en su etapa de madurez literaria y es el resultado de una larga y sinuosa reflexión acerca del tema. Tras haber ensayado, en la década de 1920, una literatura localista o «de arrabal», y de haber reaccionado, en la década de 1930, contra las tendencias germanizantes e hispanizantes, Borges pasó a defender para sí una identidad cultural múltiple (argentina, hispánica, pero además inglesa, portuguesa y judía) y escribir un tipo de ficción que recibió insistentes acusaciones de estar «enajenada de la realidad nacional», de ser europeizante y bizantina. «El escritor argentino y la tradición» es, según Rodríguez Monegal, «el definitivo punto de vista sobre un tema que extravió y sigue extraviando a la crítica argentina desde hace décadas» (*Jorge Luis Borge, a Literary Biography*, 424/425). La cuestión fue cuidadosamente estudiada por Jorge Panesi en el ensayo «Borges nacionalista, una identidad paradójica» (1994). En su ensayo de 1956, Borges se sitúa contra los rígidos defensores de la literatura gauchesca y la canonización de *Martín Fierro*, para resumir así su posición: «La poesía gauchesca, que ha producido obras admirables —me apresuro a repetirlo— es un género literario tan artificial como cualquier otro».

Analicemos, punto por punto, los argumentos sostenidos por Machado de Assis y por Borges para cuestionar los excesos nacionalistas. La argumentación de Machado de Assis se basa en el presupuesto universalista sostenido al comienzo de su texto: «Todo es materia de poesía, en tanto cumpla con las condiciones de lo bello o de los elementos que lo componen». Por tanto, sostener que la temática indianista es el único y excluyente patrimonio de la literatura brasileña, es un error equivalente a negarla. Por otra parte, la temática indianista «es un legado tan brasileño como universal» y, siendo así, no debe ser la única fuente de inspiración de los escritores brasileños. «No sentemos doctrinas tan absolutas que nos empobrezcan» aconseja el escritor.

Borges también se opone a ese empobrecimiento temático: «Los nacionalistas simulan venerar las capacidades de la mente argentina pero quieren limitar el ejercicio poético de esa mente a algunos pobres temas locales, como si los argentinos sólo pudiéramos hablar de orillas y estancias y no del universo». La reivindicación universalista de Borges va más allá de la simple declaración de principios de Machado de Assis, en razón de las evidentes diferencias de época y de temperamento. Borges considera no sólo que los latinoamericanos tienen derecho a los temas universales («debemos pensar que nuestro patrimonio es el universo») sino que, por su propia constitución histórica, tienen más derecho a la tradición occidental que los mismos europeos: «Creo que nuestra tradición es toda la cultura occidental, y creo también que tenemos derecho a esta tradición, mayor que el que pueden tener los habitantes de una u otra nación occidental». Machado de Assis no llega tan lejos, pero la declaración de principios es la misma.

El universalismo de ambos escritores no es, en ninguno de ellos, desarraigo, pérdida de identidad nacional. Para el primero, lo que vincula fatalmente a un escritor con su nación es «cierto sentimiento íntimo, que lo convierte en hombre de su tiempo y de su país, aunque trate unos asuntos alejados en el tiempo y el espacio». Adviértase el uso que hace el escritor de las palabras «instinto» y «sentimiento». El «instinto» de nacionalidad es el afán primario y superficial de ser ostensiblemente brasileño, que él atribuye a «una opinión todavía mal formada» y a la falta, en Brasil, de una crítica literaria «amplia» y «elevada». El «sentimiento» de nacionalidad, por el contrario, es la vivencia de la misma como inherente al individuo de determinada tierra y que no necesita cultivar como escritor. Borges, de modo análogo, considera que «ser argentino es una fatalidad y en ese caso lo seremos de cualquier modo, o ser argentino es una afectación, una máscara».

La argumentación de ambos escritores sigue por caminos semejantes. Para comprobar que la nacionalidad de un escritor no reside en su temáti-

ca, Machado de Assis da ejemplos de grandes escritores que trataron temas extranjeros y, no por ello, dejaron de encarnar a sus naciones de modo indiscutible: «Preguntaré simplemente si el autor de *Song of Hiawatha* (Longfellow) no es el mismo autor de *Golden Legend*, que nada tiene de la tierra que lo vio nacer, y cuyo cantor admirable es él; preguntaré algo más: si *Hamlet*, *Otelo*, *Romeo y Julieta* tienen algo de historia inglesa o suceden en territorio británico y si, a la vez, Shakespeare no es un genio universal y un poeta esencialmente inglés».

Borges argumenta con un ejemplo semejante y otro idéntico: «Sin ir más lejos, creo que Racine ni siquiera hubiera entendido a una persona que le hubiera negado su derecho al título de poeta francés por haber buscado temas griegos y latinos. Creo que Shakespeare su hubiera asombrado si hubieran pretendido limitarlo a temas ingleses, y si le hubiesen dicho que, como inglés, no tenía derecho a escribir *Hamlet*, de tema escandinavo, o *Macbeth*, de tema escocés».

En cuanto al «color local», obtenido por la enfática adhesión a los motivos pintorescos, ambos son implacables. A pesar de su benevolencia respecto a la evocación de la naturaleza americana, Machado de Assis considera el «color local» como «una funesta ilusión»: «Un poeta no es nacional sólo porque incluya en sus versos muchos nombres de flores y pájaros del país, lo cual puede dar una nacionalidad léxica y nada más». Borges habría aprobado la expresión «nacionalidad léxica» o de vocabulario. Al escritor brasileño lo fastidian, sobre todo, la hipérbole y la afectación, la pérdida de la naturalidad en la expresión. De la misma forma, en la poesía gauchesca (y no en la auténtica poesía gaucha), Borges cuestiona «una busca de palabras nativas, una profusión de color local».

Los ejemplos negativos que aportan ambos escritores son muy parecidos. Dice Machado de Assis: «Un notable crítico francés, analizando tiempo atrás a un escritor escocés, Masson, decía acertadamente que se puede ser bretón sin hablar nunca del tojo, así como Masson es escocés y nunca habla del cardo, puesto que tiene una suerte de *escocitismo* íntimo, diverso y mejor que si fuera superficial».

Es bien conocido el ejemplo dado por Borges, así como la provocadora secuencia con que mejora su argumentación: «Gibbon observa que en el libro árabe por excelencia, en el *Alcorán*, no hay camellos; yo creo que si hubiera alguna duda sobre la autenticidad del *Alcorán*, bastaría esa ausencia de camellos para probar que es árabe. Fue escrito por Mahoma, y Mahoma, como árabe, no tenía por qué saber que los camellos eran especialmente árabes; eran para él parte de la realidad, no tenía por qué distinguirlos; en cambio, un falsario, un turista, un nacionalista árabe, lo prime-